taban ni aun lo repararon; porque dado el impulso, la caída de un individuo no podía ni aun influir en el paso de las doscientas personas restantes.

Amarrada por la muñeca á sus compañeros fué arrastrada con ellos, ó mejor dicho, por ellos, siguiendo el movimiento general.

Silenciosos, inmóviles y más conmovidos que nunca, veíamos aquel desgarrador espectáculo.

De pronto uno de los vigilantes reparó en la esclava cuya carga rodaba por el suelo mientras la joven medio desmayada y espirando era arrastrada por el cortejo. El vigilante se dirigió á ella, la increpó duramente y viendo que no respondía, alzó el brazo y descargó sobre ella una correa de cuero.

Entonces sentimos una especie de conmoción eléctrica, nos corrió por todo el cuerpo un escalofrío, y á nuestro silencio sucedieron los gritos de indignación que no pudimos contener, y de meros pasivos espectadores pasamos á ser activos actores, como vais á ver.

CAPILLA ALFONSINA

XXXIX

«Obedeciendo al mismo pensamiento, presa de igual indignación, nos habíamos lanzado todos en socorro de la desdichada esclava. En un segundo, el hombre que la golpeaba fué derribado y desarmado por Delange, por Periéres ó por mí, quizá hasta por la señora Poles: no puedo deciros con certeza lo ocurrido.

Pero la columna continuaba su marcha y la mujer era arrastrada por ella; comprendimos inmediatamente que no sólo se trataba de vengar á la infeliz, sino que era preciso socorrerla y salvarla.

Obligué al hombre á seguirme, alcanzar la esclava y soltar su cadena: mi revólver tenía una elocuencia irresistible; la mujer quedó libre y la señora de Guéran, desmontando al mismo tiempo que el doctor Delange, la prodigaron auxilios.

Este episodio no había podido pasar desapercibido de los hombres de la escolta y de su jefe, que marchaba á la cabeza; la tranquilidad, la indiferencia que mostraban al cruzarnos no eran sino afectadas: sin duda nos observaban al descuido y se daban cuenta de

nuestros menores movimientos, si bien el jefe de la caravana, viejo mercader portugués, musulmán de larga fecha, en interés de su comercio (uno de nuestros intérpretes le reconoció) juzgó más prudente fingir que nada veía. ¿Qué le importaba una esclava moribunda, que habría de abandonar pocas millas más lejos, en el Desierto, cuando no pudiese ya andar?

Por tanto, no sólo no acudió con sus hombres, sino que hizo apresurar el paso á la columna con objeto de escapar lo más pronto posible del grupo de francos: es el nombre que dan indistintamente los musulmanes á todos los europeos.

Sin embargo, el primer triunfo nos había envalentonado; por lo menos ya estaba lanzado, y en esto me parezco un poco á la señora Poles: una vez lanzado ó disparado, como queráis, no me detengo nunca. Al mismo tiempo acababa de tener una idea, que modestamente calificaré de sublime; la comuniqué á mis amigos, y los mismos, que media hora antes me abrumaban de razones para probarme que no debíamos ocuparnos de la trata, que era preciso dejar á los comerciantes en carne humana entregados á su granjería, aceptaron con entusiasmo mi pensamiento y me ayudaron á ponerle en práctica.

De pronto, Periéres, Delange y yo, dejando á los dos intérpretes para proteger las señoras, lanzamos al galope nuestros caballos; separándonos luégo, caímos sobre la caravana por tres puntos distintos, y alcanzando la larga

cuerda á que todos los esclavos estaban sujetos, la dividimos inmediatamente con nuestros cuchillos en varios trozos.

Ya la columna no tenía el mismo cuerpo, la misma vida; su unidad, que constituía la seguridad de la escolta, había desaparecido: no se veían sino esparcidos trozos de la larga serpiente, que se extendía segundos antes sobre la arena.

Esta vez comprenderéis perfectamente que el jefe y sus hombres creyeron deber intervenir, saliendo de su inacción: después de ordenar á los esclavos que se detuviesen, vinieron apresuradamente hacia nosotros.

Por nuestra parte, les esperamos á pie firme. Componíanse la partida de unos diez hombres; otros tantos vigilaban á los esclavos para impedir que huyesen.

—¿Por qué nos atacáis?—exclamó el jefe, pálido de furor.—¡Nada os hemos hecho!

Periéres iba á responder, cuando le rogué me cediese la palabra, y avanzando hacia el jefe con mi intérprete:

—Ejecuto—le dije,—las órdenes que se me han dado.

—¿Qué ordenes?—preguntó el tratante.—¿Pues quiénes sois?

—Somos oficiales y amigos del general Baker—respondí con aplomo;—hemos sido comisionados por él para perseguir la trata.

—¡Vosotros! imposible; no lleváis uniforme.

Debía yo esperar esta observación: en estos países tiene el uniforme inmenso prestigio;

CAPILLA ALFONSINA

cualquier representante de la autoridad ha de llevar galones, bordados, capirote ó fez, y ante todo un sable, que es el mejor emblema del mando.

Sin embargo, no me dejé intimidar.

—Nuestros uniformes han quedado en Matamma—contesté;—verificábamos una excursión por estos sitios, sin creer posible que tuvierais la audacia de atravesarles. Por otra parte, ved nuestro nombramiento,—añadí, sacando del bolsillo la carta del Gobernador de Souakín.

No sé dónde había leído, en Schweinfurth ó en Barth, que en África estas cartas adornadas de sellos producen tanto mayor efecto cuanto que los naturales son incapaces de comprenderlas. Extendí, pues, mi carta, y en lugar de leer su contenido, recité, añadiendo algunos detalles personales, el último firman del Jetife, que había visto publicado en el Cairo.

«Nos, Ismael, Jetife de Egipto:

Considerando el estado salvaje de las tribus que pueblan la cuenca del Nilo;

Considerando que la humanidad nos impone el deber de suprimir los cazadores de esclavos que en ella pululan;

Hemos decretado y decretamos lo siguiente:

Se organiza una expedición para suprimir la trata é introducir un sistema regular de comercio;

El mando de esta expedición queda confiado á sir Samuel White Baker, por cuatro años, á partir del 4 de Abril de 1869.

Y Nos le investimos, así como á sus oficiales, del más amplio derecho, hasta el de muerte, sobre todos los tratantes ó mercaderes de esclavos que desconozcan su autoridad.»

Terminada mi lectura, ó mejor dicho, recitada mi lección, plegué tranquilamente la carta del gobernador de Souakín entre mis manos, convertida en firman del Jetife, la volví á poner en mi bolsillo y fijé la mirada en los circunstantes para juzgar del efecto que esperaba haber producido.

Periéres y Delange sonreían; los hombres de la escolta estaban aturdidos; pero el anciano jefe, como buen portugués, no parecía muy conmovido por la lectura, bien que no sintiera ningún respeto al decreto, ó bien que pensara que no éramos capaces de imponer nuestra voluntad.

Después de haber mirado en torno, asegurándose de que los esclavos no mostraban tentativa de rebelión, haber contado sus hombres y acariciado tranquilamente su puntiaguda barbilla, me miró, guiñando los ojos, y me dijo:

—Estos esclavos me pertenecen; los he comprado en el Darfur y en el Kordofán; el Jetife no tiene derecho á quitármelos y no los entregaré.

—Entonces—respondí sin vacilar—vamos á vernos obligados á prenderte.

—Ten cuidado—dijo el jefe retrociendo un paso,—porque me defenderé.

—Bueno; pero como desobedeces al Jetife, no olvides que tengó derecho á matarte.

Estaba resuelto á atacar al jefe para intimi-

CAPILLA ALFONSINA

dar su escolta, cuando de pronto resonaron grandes gritos, seguidos de varias detonaciones: volvimos la cabeza hacia la caravana y comprendimos lo que ocurría.

Ya os he dicho que entre los esclavos muchos llevaban el cuello sujeto con una especie de tenaza ú horquilla: eran los indóciles, los revoltosos, como se dice en nuestros presidios; los que protestaban contra su estado y buscaban ocasión de huir. Eran, en su mayoría, hombres robustos que se esperaba vender á buen precio, y cuya rebelión podía ser temible. Estos infelices, negros del Darfur la mayor parte, se habían enterado de que pretendíamos librarles; primero esperaron pacientemente los resultados de nuestra intervención; después debieron decirse que éramos pocos, que no harían mal en ayudarse ellos mismos, aprovechando la relativa libertad que les habíamos dado. Reunidos en un grupo de una treintena de hombres próximamente, fraguaron por signos, por palabras sueltas, un plan de evasión.

En el momento en que me vieron dirigir contra el jefe, lo que no dejó de causar efecto en la escolta, arrojaron los fardos y se dieron á huir con una sorprendente agilidad. Cierto es que si sus cuellos y sus puños continuaban atados, tenían sueltas las piernas, y los negros son buenos corredores.

Mas la escolta disparó sobre ellos; uno fué herido en el muslo, y la carrera del pelotón se retardaba.

—¿Dejaremos asesinarlos á todos?—pregunté oyendo al jefe dar la orden de volver á cargar.

—¡No!—exclamaron mis amigos:—vamos á socorrerles.

Periéres, Delange y yo, después de rogar á los intérpretes que velaran por la señora de Guéran y Beatrix Poles, arrodilladas junto á la esclava que habían reanimado, salimos al galope.

Pronto alcanzamos á los fugitivos, nos reconocieron y deteniéndose en el acto, nos dieron á entender que, si queríamos salvarles, era necesario ante todo quitar las horquillas que les sujetaban el cuello y las cadenas que les aseguraban unos con otros.

La operación no era fácil; sin embargo, Periéres y yo la acometimos, mientras que Delange atendía al herido, cuya sangre corría en abundancia.

Acababa yo de soltar uno de los esclavos, cuando admirado Periéres de no oir detonación alguna donde habíamos dejado la escolta, miró hacia aquel lado y lanzó un grito.

El jefe y sus hombres, en lugar de seguir disparando sobre los negros destruyendo así el ganado humano en quien fundaban las mayores esperanzas, se habían dirigido hacia el punto en que dejamos nuestras dos compañeras, y los intérpretes Omar y Alí, temiendo causar la muerte de las mujeres que debían proteger, no se habían defendido, habían sido derribados en un segundo, y la señora de Guéran se hallaba en poder de los bandidos.

Podéis pensar, mi querido amigo, que no

CAPILLA ALFONSINA

era ya para nosotros ocasión de romper horcas ni vendar heridas; debíamos, sin perder momento, correr en auxilio de la que nuestra imprudencia y nuestra temeridad exponían al mayor peligro.

La escolta, al vernos avanzar, no dudó en hacernos fuego: sonó una descarga, y Periéres y Delange rodaron á mis pies.

XL

«Al verlos caer miré hacia la señora de Guéran y á Beatrix, reconociendo que no corrían inmediato peligro: los hombres de la escolta, para reunir sus fuerzas contra nosotros y anonadarnos prontamente, las habían abandonado un instante. Tranquilizado por ellas, desmonté para socorrer á mis amigos.

Pero ya éstos se levantaban, y ví con alegría que no habían sido heridos; los caballos, que lo habían sido, uno en la cabeza y otro en el pecho, cayeron, arrastrándoles.

En el momento en que Delange y Periéres iban á ponerse en pie, yo les coloqué las manos sobre los hombros.

—¿Qué hacéis?—preguntó Perières.

—Silencio, respondí en voz baja arrodillándome á su lado: os salvo y restablezco la igual-

dad del combate. Esos infames pueden alcanzarnos con sus fusiles, acaban de probároslo matando vuestros caballos, pero se encuentran fuera del alcance de nuestros revólvers. Dejémosles creer que estamos heridos, se acercarán para rematarnos, y podremos siquiera defendernos.

—¡Y la señora de Guéran!—murmuró Periéres.

—No corre en este momento peligro alguno—le respondí;— si de nuevo la amenazara, sabremos sacrificarla nuestras vidas.

Al verme tendido junto á mis amigos, pudo creerse que, como ellos, herido había caído á su lado. Los dos caballos, muerto el uno y agonizante el otro, nos servían de trinchera, permitiéndonos observar los movimientos del enemigo.

Orgulloso de su triunfo y persuadido de que era completo, avanzaba éste hacia nosotros.

Cuando estuvo á tiro, sin movernos, hicimos fuego á un tiempo.

Tres hombres cayeron, los demás retrocedieron con precipitación. Sin embargo, el anciano jefe; haciéndoles comprender que aún eran los más fuertes, les detuvo y les trajo de nuevo contra nosotros.

Ibamos á disparar otra vez, cuando escuchamos grandes gritos á nuestra derecha.

Los negros que habíamos puesto en libertad corrían hacia nosotros; no os engañéis, sin embargo, querido amigo mío; creeréis tal vez que, reconocidos, se apresuraban á socorrernos. Quizás algunos obedecieran á ese

sentimiento, pero la mayor parte pensaban, sobre todo, en vengarse. Tiempo hacía que sufrían con resignación mil tormentos. ¿No eran los más débiles? Mas, gracias al que nosotros habíamos puesto en libertad, los otros se vieron también prontamente libres de sus cadenas; se contaron, comprendieron que eran ya los más fuertes, se armaron de sus horcas, mazas terribles en sus manos, y lanzando su grito de guerra, aullando como bestias feroces, cayeron sobre sus enemigos.

El jefe, que vió el peligro, quiso retirarse por la derecha, dió algunos pasos y tuvo que retroceder de nuevo: los demás esclavos formaban un solo grupo compacto, impenetrable. Algunos habían conseguido también romper sus cuerdas, y excitados por las mujeres, que gesticulaban y vociferaban, parecían dispuestos á tomar parte en la batalla. La rebelión no era menos imponente por este lado. ¡Tenían tantas represalias que ejecutar! ¡hacía tanto tiempo que las víctimas soñaban convertirse en verdugos!

De este modo el jefe y su escolta nos tenían de frente y no osaban ponerse á tiro de nuestros revólvers; sus esclavos, más vigorosos y más terribles, los únicos que hasta entonces habían temido, los cortaba el paso por la derecha; una masa enorme, hostil y ya amenazadora, les obligaba á evitar la izquierda.

No les quedaba más recurso que retroceder y huir: es lo que hicieron. Sin embargo, aún en este camino se encontraron ante nuestros dos intérpretes, la señora de Poles, armada de

una pistola que parecía resuelta á usar, y de la señora de Guéran, tranquila, serena, paseando su mirada por el campo de la lucha como verdadero general.

Pero era el lado más débil, debo reconocerlo; la escolta hubiera podido fácilmente vencer tal obstáculo. En lugar de intentarlo, cometió la falta de vacilar, de dejar unirse las dos alas, y se halló encerrada en un círculo aterrador.

Entonces creyó deber intervenir nuestra querida Sultana Parisiense: ordenó á los intérpretes comunicar al jefe que respondía de su vida y la de sus hombres, si se rendían inmediatamente; que, si por el contrario, disparaban un solo tiro de fusil, les entregaría á discreción de sus esclavos.

El jefe lanzó en torno una escrutadora mirada, y convencido de la situación, dejó caer su fusil en la arena con ademán de desaliento y sus hombres le imitaron.

Que no tardamos Periéres, Delange y yo en unirnos á las señoras de Guéran y Poles, debéis creerlo; no obstante, nos íbamos á ver obligados á volver tristemente sobre las cosas de la vida, á preguntar si tantas bellas ideas debían traducirse en hechos, si no era preciso desoir las aspiraciones generosas, si no era peligroso desencadenar las pasiones del pueblo... africano.

Mientras que nuestros amigos los negros del Darfur y del Kordofán vieron á sus antiguos amos combatir ó defenderse, se contentaron con amenazar y avanzar prudentemente;

CAPILLA ALFONSINA

no bien los vieron desarmados y sumisos, se precipitaron sobre ellos profiriendo gritos de muerte. Al mismo tiempo el resto de la caravana, doscientos ó doscientos cincuenta esclavos, débiles y fuertes, sanos y enfermos, de toda edad y sexo, llegaron enarbolando sus puños encadenados aún, y rugiendo como una traílla al descubrir la pieza.

¿Deberíamos dejar asesinar ante nosotros aquellos quince hombres? Les habíamos atacado los primeros; ni nos habían provocado, ni hecho más que defenderse. Tres estaban ya heridos, sin que ninguno de nosotros tuviera ni un rasguño. Eran, es cierto, tratantes infames, gente sin ley ni fuero, renegados traficantes en carne humana; pero la señora de Guéran, en nuestro nombre, les había prometido salvarles la vida si se rendían. ¿Valían más los negros que habíamos defendido? Poco antes eran desgraciados, y la conmiseración nos impulsaba; ahora, libres, parecían tan dispuestos á abusar de ella, que ya no nos inspiraban lástima. Finalmente, se nos ocurría la pregunta de si, por combatir la trata y salvar algunos esclavos, teníamos derecho á sacrificar quince personas.

Reflexiones eran éstas (más tarde lo supimos, á la hora de las conferencias) que nos ocuparon la mente á todos al mismo tiempo. Sin embargo, no era instante de engolfarse en resolver problemas filosóficos: por inspiración habíamos obrado y por inspiración debíamos salir, con actos y no con razonamientos, de la enfadosa posición en que nos hallábamos.

Cada uno de nosotros, sin consultar á los restantes, obedeciendo al común impulso, se apresuró á llegarse á la escolta para protegerla.

En cuanto á los negros, vociferaban y amenazaban del mismo modo. A Perières se le ocurrió entonces mandar al intérprete Alí que se adelantara é impusiera silencio, haciéndoles comprender en alguno de los dialectos del Darfur ó del Kordofán que iba hablar en nuestro nombre.

Obedeció el intérprete y los negros callaron antes de lo que podíamos esperar; se dirían sin duda, que los blancos irían á proponerles quizás á sus enemigos alguna nueva tortura, algún suplicio desconocido para ellos, en uso entre los francos; á esta idea se regocijaban por adelantado, abriendo los ojos y prestaban oído. No obstante, así que Alí empezó á repetirles un antiguo discurso que le inspiraba Poles, donde se hablaba de los deberes para con nuestros semejantes, de humanidad, de religión, los esclavos, después de manifestar su indiferencia, mostraron su disgusto. Habíamos perdido evidentemente mucho en su consideración.

Entonces me adelanté yo con el segundo intérprete, y poniendo en planta una idea propia, les hablé del general Baker, el libertador de los negros.

«Nos ha enviado, grité, al socorro de las caravanas de esclavos, con orden precisa, después de librar los cautivos, de conducirle los dueños para castigarles.»

Mi discurso, debo confesarlo con orgullo, produjo mejor efecto que el primero, aunque modestamente confiese que quedó aún lejos de convencer al auditorio.

No podían comprender aquellas gentes que se retardara el placer de la venganza, y que los vencedores, en vez de matar ellos mismos á sus prisioneros, quisieran encargar á un tercero de este cuidado y de este placer.

Las vociferaciones se renovaron y el círculo continuó estrechándose.

La señora de Guéran era la única capaz de conmover nuestro público, hallando su fibra sensible: encargó sencillamente á uno de los intérpretes que dijera á los negros la injusticia que cometían al intentar arrebatarnos prisioneros que habíamos de vender á buen precio en nuestro país. Esta reflexión, querido mío, como todos los razonamientos apropiados al auditorio, produjo un efecto instantáneo; los negros se miraron, bajaron la cabeza, y parecieron decirse: tienen razón. En guerra siempre desde su infancia, de tribu en tribu para hacerse el mayor número posible de prisioneros y venderles á los tratantes, ¿no habían de encontrar natural que participáramos nosotros de sus gustos y de sus instintos?

La señora de Guéran comprendió la situación: salvaba la escolta y quizá nos salvaba á nosotros mismos, resueltos como estábamos á escudarla aun con nuestras vidas.

Los negros retrocedieron unos cuantos pasos y conferenciaron; de pronto avanzaron otra vez con la misma gritería.

LXI

«Pronto tuvimos la explicación del tumulto: los negros demostraban una lógica desesperante. Según ellos, puesto que queríamos llevarnos nuestros prisioneros como esclavos, era necesario tomar con ellos las precauciones del caso: ellos les habían amarrado los brazos con cadenas, metido el cuello en horquillas; nosotros debíamos emplear idénticas precauciones y nos traían como presente las horquillas.

No hubiera sido, en verdad, delicado privar á los pobres negros de la pequeña satisfacción que pretendían, y en cuanto á la escolta, después de haber temido con fundamento ser muerta, no podía tampoco sino considerarse feliz con que sólo se le aplicara la pena del Talión.

No creímos, pues, conveniente protestar contra aquel capricho... africano, y dejamos á nuestros recientes auxiliares proceder á la traba de los prisioneros; hay instantes, amigo mío, en que los hombres deben entregarse á las circunstancias, ceder á ciertas exigencias y renunciar á las ideas sentimentales. Por lo demás, no debo ocultároslo, experimentaba